

# PHILOLOGIA HISPALENSIS

AÑO II VOL. II FASC. I



FACULTAD DE FILOLOGIA  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

## CONSEJO DE REDACCION

### DIRECTOR:

Decano de la Facultad de Filología.  
Prof. Francisco García Tortosa.

### VOCALES:

Prof. Alberto Díaz Tejera  
Prof. Rogelio Reyes Cano  
Prof. Antonio Sancho Royo  
Prof. Klaus Wagner

### SECRETARIO:

Prof. Julián González Fernández

© Facultad de Filología  
Universidad de Sevilla

Portada: PABLO DEL BARCO

Depósito Legal: S. 354-1986.

Fotocomposición e impresión: Gráficas Varona  
Rúa Mayor, 44. Teléf. 923 25 33 88  
37008 Salamanca

## INDICE

Eteocles y Polinices en los símiles de la Tebaida de Estacio <i>Antonio Luque Lozano</i>	9
«'O, Never was there queen/ So mightly Betray'd' (I,iii,24-5): Locura de amor en Antony and Cleopatra» <i>Manuel José Gómez Lara</i>	17
Dos notas sobre la religiosidad en <i>La Regenta</i> <i>Luis Gómez Canseco</i>	29
Hannā Mīna: experiencia humana y experiencia literaria <i>Clara M.<sup>a</sup> Thomas de Antonio</i>	41
Cuantificación del superlativo absoluto: muy -ísimo en el habla culta de Sevilla <i>Rosario Guillén Sutil</i>	75
Le sentiment de la mort chez Jules Supervielle <i>María Muñoz Romero</i>	83
El habla de Sevilla y los dialectalismos del español de América <i>Rafael Cano Aguilar</i>	103
Sobre la /-s/ final latina <i>Concha Fernández Martínez</i>	115
Lenguas indígenas y problemas de contacto lingüístico en las relaciones geográficas del siglo XVI <i>Eva M.<sup>a</sup> Bravo García</i>	119
Los tratadistas de agricultura y las Geórgicas de Virgilio. Coincidencias léxicas <i>C. Arias Abellán</i>	133
De toponimia hispalense <i>María Dolores Gordón Peral</i>	141
Los maṣūs. A propósito de un texto atribuido a al-'Uḍrī <i>Fátima Roldán Castro</i>	153
La pervivencia de la tā' marbūṭa por construcción en iḍāfa en la toponimia medieval sevillana de origen árabe <i>Rafael Valencia</i>	159
El funcionamiento del adverbio y la superación de los límites oracionales <i>Catalina Fuentes Rodríguez</i>	173
Un simil homérico muy debatido: <i>Ilíada</i> XVI 364 ss. <i>Máximo Brioso Sánchez</i>	181

La luna y el sol, la tierra y el mar, el aire y el fuego, Egipto y Roma, elementos todos ellos que potencian y enmarcan la relación entre los dos personajes convirtiéndola así en un gran hallazgo teatral: el enamoramiento como técnica dramática para la presentación de un tema trágico.

## DOS NOTAS SOBRE LA RELIGIOSIDAD EN LA REGENTA

Luis Gómez Canseco

La vida religiosa de Vetusta se desenvuelve con no menos complejidad que las relaciones amorosas de sus habitantes, llegándose incluso a producir extrañas analogías entre elementos de ambos espacios temáticos, que, en el fondo, no responden sino a presupuestos ideológicos del joven Clarín. El intento de una revisión mínimamente profunda de la religiosidad en *La Regenta* rebasa con mucho los límites que nos hemos impuesto en este trabajo; por otro lado los abundantes estudios publicados sobre el tema nos excusan de ello y pueden servir de guía para el lector interesado<sup>1</sup>. En consecuencia me limitaré a subrayar, más que analizar, dos temas que considero interesantes dentro de la construcción de la novela: la relación entre don Fortunato Camoirán y el Magistral a través de cuatro elementos comunes a ambos personajes y la influencia que sobre la personalidad del ex-regente de Vetusta, don Víctor Quintanar, ejerce la lectura del Kempis.

<sup>1</sup> A continuación se indica la bibliografía específica considerada fundamental. Excuso transcribir las obras de carácter general que incluyen el tema de la religiosidad en la novela, aunque a menudo sean éstas más ilustrativas que los estudios monográficos.

— ARBOLEYA MARTINEZ, M., «Alma religiosa de Clarín: datos íntimos e inéditos», *Revista Quincenal*, Barcelona, nº 61, 10-VII-1919. Recogido en Martínez Cachero (ed.) *Leopoldo Alas Clarín*, Madrid, Taurus, 1978.

— BAQUERO GOYANES, M., «Exaltación de lo vital en *La Regenta*», *Archivum*, II, 1952, págs. 187-216.

— BLANQUAT, J., «La sensibilité religieuse de Clarín. Reflets de Goethe et de Leopardi», *Revue de la littérature comparée*, XXXV, París, 1961, págs. 177-196.

— GARCIA SARRIA, F., *Clarín o la herejía amorosa*, Madrid, Gredos, 1975.

— IFE, B.W., «Idealism and materialism in Clarín's *La Regenta*», *Revue de littérature comparée*, XL, París, 1970, págs. 273-295.

— MIRANDA, S., *Religión y Clero en la gran novela española del S. XIX*, Madrid, Pegaso, 1982.

— PEREZ GUTIERREZ, F., *El problema religioso en la generación de 1868*, Madrid, Taurus, 1965.

— WEBER, B.M., «Ideology and religious parody in the novels of Leopoldo Alas», *Bulletin of Hispanic Society*, XLIII, págs. 197-208.

Para una bibliografía más amplia sobre *La Regenta* pueden consultarse la propuesta por Juan Oleza en su edición de la novela (Madrid, Cátedra, 1984).

## 1.

Si en el friso de la novela destacan en altura narrativa Ana de Ozores y don Fermín de Pas, el resto de los personajes mantienen su propia vida, soportando un gran peso estructural. De entre ellos don Fortunato Camoirán, obispo de Vetusta, se destaca como contrafigura religiosa del Provisor, de la misma manera que don Alvaro Mesía como su rival amoroso. La figura del obispo se proyecta en el capítulo XII de la obra como el paradigma de santidad en el que De Pas ve la sombra de su pecado:

...y sobre todo aquel demonio de obispo abrumándole con su humildad, recordándole nada más que con su presencia de liebre asustada toda una historia de santidad, de grandeza espiritual en frente de la historia suya, la de don Fermín...que... ¿para qué ocultárselo a sí mismo? era poco edificante... Aquel paralelo eterno que estaba haciendo Fortunato sin saberlo, irritaba al Magistral. Y ahora más que nunca <sup>2</sup>.

Los arranques de verdadera religiosidad fueron cercenados por la avaricia de doña Paula, ya en los años de seminario de Fermín, que ahora mantiene una fe fría e intelectualizada, pretendiendo demostrar «matemáticamente» el dogma, pero que, por falta de cordialidad, se ha convertido en un ateísmo de hecho, aunque bien diferente al de otros personajes como don Pompeyo Guimarán. En un interesante estudio Baquero Goyanes afirma que Clarín se sirve de Camoirán «esencialmente como de fondo sobre el que perfilar bien —en violento contraluz— la figura de D. Fermín» <sup>3</sup>. Esta sencilla observación, avalada, como hemos visto, por los textos del mismo Clarín, tiene, sin embargo, un soporte estructural mucho más definido de lo que en un principio pudiera creerse.

La vida de Fortunato se desarrolla en cuatro grandes ocupaciones: el pulpito, los pobres, el confesionario y el amor a la Virgen. Estos cuatro elementos conformadores de la figura del Obispo mantienen una puntual correspondencia en la compleja personalidad del Provisor. La oratoria sentida y cordial del Prelado se traduce en don Fermín en un frío dogmatismo sostenido por su belleza física y su erudición; los pobres de Camoirán son sustituidos por poderosos; el sacramento de la penitencia será para De Pas un método de poder y hasta un sucedáneo de su pasión; por último, el amor a la Virgen se corresponde con el anhelo de posesión física sobre la Regenta y Vetusta toda. Nuestro propósito es demostrar este paralelo. Clarín compara detalladamente la oratoria de ambos, introduciendo un tercer elemento de referencia, Restituto Mourelo, alias Gloucester. El primer entusiasmo producido por la unción y contagioso fervor del nuevo Obispo fue paulatinamente sustituido por el cansancio:

El Obispo se prodigaba demasiado. «El Magistral no se prodigaba».  
— Estudia más los sermones —decían unos.  
— Es más profundo, aunque menos ardiente.

<sup>2</sup> *La Regenta*, ed. cit., t. I, p. 529.

<sup>3</sup> BAQUERO GOYANES, M., *art. cit.*, p. 204.

- Y más elegante en el decir.
- Y tiene mejor figura en el púlpito.
- El Magistral es un artista, el otro un apóstol <sup>4</sup>.

De nada vale la sublimidad del Obispo en el sermón de Semana Santa para evitar su desprestigio: «Las señoras no suspiraban; miraban los devocionarios abiertos y hasta pasaban las hojas. Los inteligentes opinaban que el prelado se había descompuesto, tal vez se había perdido. 'Aquello era sacar el Cristo'. El púlpito no era aquello. Gloucester, desde un rincón, se escandalizaba para sus adentros. '¡Pero eso es un cómico!' pensaba; y pensaba repetirlo en saliendo. Creía haber encontrado una frase: '¡Pero eso es un cómico!' El Magistral no era cómico, ni trágico, ni épico» <sup>5</sup>. La falta de convicción, la intelectualización de la religiosidad, convierte los sermones de don Fermín de Pas en tratados de matemática moral, a la moda de la España restaurada, lo que el mismo Clarín llamó «oratoria de presbítero guapo» <sup>6</sup>.

El desaliño personal del Obispo, fruto del desasimiento y la caridad casi excesiva, es sometido a revista diaria por el Provisor, no menos pulcramente vestido que el presidente del Casino. El amor de Camoirán hacia los pobres se torna para don Fermín en exclusivo interés por los ricos y poderosos. El poder, juguete que doña Paula ha puesto en manos de su hijo, mueve todas las acciones de éste: «Cree usted —amonesta al Obispo— que si todos luciéramos pantalones remendados como un afilador de navajas o un limpia-chimeneas, llegaría la Iglesia a dominar en las regiones en que el poder habita?» <sup>7</sup>. El arrabal de la pobreza es sólo un fondo casi olvidado sobre el que cruza la gran escala que él mismo se había trazado en su ascensión hacia las regiones del dominio. Los pobres son considerados casi como enemigos, es otra Vetusta la del Provisor; si ya era dueño y señor de la Encimada, el barrio aristocrático, su próximo bocado había de ser la Colonia:

La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía. El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas hacia el Campo del Sol; allí vivían los rebeldes, los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que le predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales, de reparaciones de ultratumba... El Magistral volvía el catalejo al noroeste, allí estaba la Colonia, la Vetusta novísima, tirada a cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, o una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes... Pero no importa, el Magistral no atiende a nada de eso; no ve allí más que riqueza, un Perú en miniatura, del cual pretende ser el Pizarro espiritual. Y ya empieza a serlo <sup>8</sup>.

<sup>4</sup> *La Regenta*, ed. cit., t. I, p. 509.

<sup>5</sup> *Ibid.*, t. I, p. 516.

<sup>6</sup> CLARÍN, «La oratoria sagrada», *El solfeo*, 9 y 17 de enero de 1876.

<sup>7</sup> *La Regenta*, ed. cit., t. I, p. 508.

<sup>8</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 145-147.

En su ascensión el Provisor hace uso indistintamente de cualquier medio y entre los más válidos, por sus circunstancias, se encuentra el confesionario, tercer elemento de su «paralelo eterno» con Fortunato Camoirán. Las damas de Vetusta se dejan arrastrar lentamente hacia el «savoir faire», la belleza física y la religión a la medida de cada una que les ofrece el Magistral, abandonando al Obispo, de manga excesivamente estrecha, demasiado madrugador y que les obligaba a mezclarse con el populacho. El santo prelado vio reducido su pueblo de penitentes a «canteros, albañiles, zapateros y armeros carlistas, beatas pobres, criadas tocadas de misticismo más o menos auténtico, chalequeras y ribeteadoras». Esta migración hacia su confesionario ofrece a don Fermín la posibilidad de alcanzar el conocimiento de todas las almas que pudieran serle útiles, deformando el sacramento en una suerte de impío interrogatorio policial. El imperio simbólico desde la torre de la catedral tiene su asiento real en el confesionario, donde Vetusta se arrodilla ante la figura siempre elevada del Magistral. La cita que ahora transcribo, aunque extensa, nos ahorrará otras muchas explicaciones:

El Magistral conocía una especie de Vetusta subterránea: era la ciudad oculta de las conciencias. Conocía el interior de todas las casas importantes y de todas las almas que podían servirle de algo. Sagaz como ningún vetustense, clérigo y seglar, había sabido ir poco a poco atrayendo hacia su confesionario a los principales creyentes de la piadosa ciudad. Las damas de ciertas pretensiones habían llegado a considerar en el Magistral el único confesor de buen tono. Pero él escogía hijos e hijas de confesión. Tenía habilidad singular para desechar a los importunos sin desairarlos. Había llegado a confesar a quien quería y cuando quería. Su memoria para los pecados ajenos era portentosa... Sabía que la mujer devota, cuando no es muy discreta, al confesarse delata las flaquezas de todos los suyos. Así el Magistral conocía los deslices, las manías, los vicios y hasta los crímenes a veces, de muchos señores vetustenses que no confesaban con él, o no confesaban con nadie... En el fondo de su alma despreciaba a los vetustenses. «Era aquello un montón de basura». Pero muy buen abono, por lo mismo: él lo empleaba en su huerto; todo aquel cieno que revolvió, le daba hermosos y abundantes frutos. La Regenta se le presentaba como un tesoro descubierto en su propia heredad. Era suyo, bien suyo; ¿quién osaría disputárselo? <sup>9</sup>

Su amor por Ana de Ozores, nacido al pasar don Fermín de padre a hermano espiritual, provoca las más sorprendentes metamorfosis en su religiosidad: el confesionario, hasta ahora método de poder, deviene en lecho. Desde su posición cercana al corazón de la Regenta, don Fermín de Pas descubre el verdadero trasfondo de su pseudo-misticismo, un deseo carnal insatisfecho. Otra lujuria conocía él, la dispuesta por doña Paula a su servicio; pero ahora es la necesidad de cumplir su amor por Ana la que se impone. Sin embargo, embarazado por el mundo de intereses que le rodea, no se atreve a renunciar a su estado, aun sabiendo que así jamás podrá conseguirla: «Ana tiene sueños eróticos —escribe Juan Oleza— y Fermín lo sabe, Ana sufre una profunda insatisfacción sexual y Fermín lo sabe, Ana necesita amor, amor humano, necesita seres de carne y hueso, y todo esto

<sup>9</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 463-464.

Fermín lo sabe: a Ana no se la puede poseer sólo por el espíritu» <sup>10</sup>. El odio a la sotana y el complejo de eunuco surgen de la insatisfacción producida por su relación con la de Ozores.

Paralelamente se producen diversas mistificaciones del sacramento de la confesión, por las que varios personajes se van sustituyendo en el ministerio que parecía reservado a los sacerdotes. Tras la «rebelión en el alma» y la conciencia de alienación, que provoca su primer encuentro en confesión con Ana, el Magistral ilumina una idea que le acompañará durante toda la novela, confesar con la Regenta y que ésta le absuelva de sus pecados: «Si algún día su amistad con Ana Ozores llegaba al punto de poder confesarse él ante ella también y decirle cual era su ambición, ella, que tenía el alma grande, de fijo le absorbería de los pecados cometidos» <sup>11</sup>. Al alejarse del Provisor, Ana entra en un estadio de vida natural, que será antesala del adulterio y en el que la figura masculina dominante es Benítez, el médico sustituto de Somoza, quien, como ella misma registra en su libro de memorias, «cuando se decide a hablar parece también un confesor. Yo le he dicho secretos de mi vida interior como quien revela síntomas de una enfermedad» <sup>12</sup>. El último en alcanzar la gracia de confesor de la Regenta será don Alvaro Mesía, cuya actividad erótica le había llevado, en réplica al Magistral, a convertir el lecho en un confesionario tan falto de piedad como el de aquél:

En los momentos de pasión desenfrenada a que él arrastraba a la hembra siempre que podía, para hacerla degradarse y gozar él de veras con algo nuevo, obligaba a su víctima a desnudar el alma en su presencia, y las aberraciones de los sentidos se trasmitían a la lengua, y brotaban entre caricias absurdas y besos disparatados confesiones vergonzosas, secretos de mujer que Mesía saboreaba y apuntaba en la memoria. Como un mal clérigo que abusa del confesionario, sabía don Alvaro cómicas o asquerosas flaquezas... Orgulloso de aquella ciencia, Mesía generalizaba y creía estar en lo firme, y apoyarse en «hechos repetidos hasta lo infinito» al asegurar que la mujer busca en el clérigo el placer secreto y la voluptuosidad espiritual de la aberración... <sup>13</sup>

En el último punto de la antítesis religiosa establecida entre don Fortunato Camoirán y don Fermín asistiremos a la metamorfosis más sorprendente. El fuego de amor a María Santísima que todavía abrasa, a los cincuenta años, al obispo, se transforma en el Provisor en un monstruo con dos cabezas, el poder y la lujuria, Vetusta y la Regenta. Con una estructura sintáctica similar, en la que sólo varía el objeto de conocimiento, presenta Clarín las contrapuestas pasiones de ambos: «Sabía mucha teología, pero su ciencia predilecta consistía en la doctrina de los Misterios que se refieren a la Mujer sine labe concepta» <sup>14</sup>, escribe sobre Camoirán, sin embargo, vigilando el Provisor su ciudad desde la torre, el narra-

<sup>10</sup> OLEZA, Juan, «Introducción» a *La Regenta*, ed. cit., t. I, pp. 50-51.

<sup>11</sup> *La Regenta*, ed. cit., t. I, p. 488.

<sup>12</sup> *Ibid.*, t. II, p. 441.

<sup>13</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 562-563.

<sup>14</sup> *Ibid.*, t. I, p. 507.

dor nos recuerda: «Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta»<sup>15</sup>. Camoirán acaba configurándose definitivamente como contrafigura de don Fermín en este cuarto elemento del paralelo que hemos establecido entre ambos. El amor a la Virgen, que también conoció el Magistral en sus ya lejanos años de seminarista, sustituido en un principio por la ambición, renace ahora aunque personificado en Ana de Ozores, convertida en objeto del nuevo culto. Esta identificación aparece en múltiples ocasiones durante la novela en boca de otros personajes, que descubren su parecido con la «Virgen de la Silla», célebre óleo de Rafael. Sin embargo, lo que en Alvaro Mesía y el resto de los personajes tiene una causa puramente externa, la semejanza física, en don Fermín de Pas se convierte en una verdadera sustitución de la Regenta por la Virgen, adoptando el carácter de una nueva religiosidad, acorde con el pensamiento de Leopoldo Alas.

El contraluz que perfila la religiosidad de don Fermín de Pas contra el Obispo Camoirán no es, como espero haber demostrado, una simple intuición crítica, sino un recurso consciente desarrollado con puntualidad por Clarín, a través de los cuatro elementos comunes a ambos personajes.

## 2.

La presencia múltiple y decisiva de la literatura religiosa en *La Regenta* merece aún un detallado estudio, al que pretendo contribuir con unas breves notas sobre la lectura que don Víctor Quintanar, ex-regente de Vetusta, hace de la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis<sup>16</sup>.

El primer problema al que debemos hacer frente es el de la aparición del libro en la novela. Cuando don Alvaro Mesía se dirige al caserón de los Ozores para despedirse de don Víctor por su inminente partida a mediados de Julio, le encuentra en su despacho leyendo «un libro negro» y sumido en un estado de general tristeza —el que caracterizará siempre la lectura del místico alemán—. Reproduzco la conversación tras el anuncio de la partida:

Don Víctor lamentó aquella ausencia. Suspiró. «Era un nuevo contratiempo, un nuevo asunto de tristeza».

Notó don Alvaro que su amigo estaba menos decididor que antes, que se movía y que gesticulaba menos.

— ¿Ha estado usted malo?

— ¡Quiá! ¿quién? ¿yo? ¡Ni pensarlo! Pues qué, ¿tengo mala cara? Dígame usted con franqueza... ¿tengo mala cara?... Pálido... ¿Tal vez? ¿Pálido...?

— No, no, nada de eso. Pero... se me figura que está usted menos alegre, preocupado... qué sé yo...

<sup>15</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 139.

<sup>16</sup> Tomás de Kempis (1379 o 1380-1471), escritor místico alemán a quien se atribuye la *Imitación de Cristo*, obra fundamental en la ascética del cristianismo a la que siempre se ha identificado como símbolo del desprecio del mundo.

Don Víctor suspiró otra vez. Tras una pausa preguntó, con tono quejumbroso:

— ¿Ha leído usted eso?

— ¿Qué es eso?

— Kempis, la *Imitación de Jesucristo*...

— ¿Cómo? ¿Usted! ¿También usted?

— Es un libro que quita el humor. Le hace a uno pensar en unas cosas... que no se le habían ocurrido nunca... No importa. La vida, de todas maneras es bien triste. Vea usted. Todo es pasajero. Usted se nos va... Los marqueses se van... Visita se va... Ripamilán ya se marchó... Vetusta antes de quince días se quedará sola.

Más tarde don Alvaro queda solo en el despacho y hojea el Kempis:

Salíó. Don Alvaro tomó en las manos el Kempis; era un ejemplar nuevo pero tenía manoseadas las cien primeras páginas, y llenas de registros. Nunca había leído él aquello. Lo miraba como una caja explosiva. Lo dejó sobre la mesa con miedo y con ciertas precauciones<sup>17</sup>.

Resulta evidente que don Víctor no sólo ha leído, sino que ha meditado sobre el Kempis, relacionándolo ya con la tristeza y la vanidad de lo mundano. Sin embargo, y para sorpresa del lector, en el capítulo siguiente, el XXI, doña Ana de Ozores, pretendiendo convertir a su marido, según el ejemplo de Santa Teresa con su padre, le obliga a la lectura de obras piadosas, en especial el Kempis, como antídoto a tanta comedia de capa y espada:

— ¿Sabes, hija mía...? Yo prefiero los libros de meditación...

— Pues toma el Kempis, la *Imitación de Cristo*... lee y medita.

Y se lo hizo leer.

Y entre el Kempis y la Regenta, y el calor que empezaba a molestarle, y la prohibición de los baños le quitaron el humor al digno magistrado<sup>18</sup>.

En el intervalo que media entre estas dos apariciones, doña Ana se ve obligada a leer a escondidas la *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma* y toda una serie de libros ascéticos, pues Quintanar le tenía prohibido «toda clase de quebraderos de cabeza». Paralelamente éste mantiene una serie de opiniones sobre el clero que no volverán a aparecer hasta que se supere el primer choque espiritual con la *Imitación de Cristo*. En general se mantiene la tibieza religiosa del ex-regente que no se conmocionará hasta el detonante del Kempis, favorecido por la soledad veraniega de Vetusta<sup>19</sup>. Estas circunstancias nos hacen pensar en una evidente imprecisión narrativa, extraña en un autor que, como Clarín, es arquitecto de una

<sup>17</sup> *La Regenta*, ed. cit., t. II, pp. 241-242.

<sup>18</sup> *Ibid.*, t. II, pp. 273-274.

<sup>19</sup> Frases como «Yo no necesito nada de eso para creer en la Providencia. Me basta una buena tronada para reconocer que hay un más allá y un Juez Supremo. Al que no le convence un rayo, no le convence nada», no dejan de estar muy alejadas del espíritu que alimentará don Víctor tras la lectura del Kempis. La incongruencia en la evolución del carácter del ex-regente dice mucho de su inestabilidad personal y de la escasa solidez de sus convicciones.

perfecta estructura novelística. No pretendo robar de nuevo el rucio de Sancho Panza, sencillamente subrayar lo que considero un pasaje confuso en la construcción de la novela.

Con el verano da comienzo la transformación religiosa de Quintanar, la tibieza se convierte en temor a la muerte y esencialmente en una tristeza que también impregnara a otros lectores del Kempis<sup>20</sup>. Las reflexiones sobre la salvación y las condenas eternas acabaron por agriar su infantil carácter, aunque «algo le tranquilizaba la idea de que le tostasen con símbolos, en el caso desesperado de no salvarse, como deseaba seriamente». El anterior abandono de los sacramentos se transforma en una inusitada frecuencia y en un fervor desmesurado. Don Víctor está en manos de su mujer y el Magistral, los únicos seres vivientes que le rodean en el tedioso verano de Vetusta. La tristeza de Quintanar va en aumento, y, con el abandono general de la ciudad, la presencia del Kempis, que le impedía ser feliz, se convierte en obsesionante:

Don Víctor suspiraba y se volvía a casa.

— No estaba la señora.

Pero estaba Kempis.

Allí, abierto sobre la mesilla de noche. Sin poder resistir el impulso, Quintanar tomaba el libro, después de quitarse el chaquet de alpaca y quedarse en mangas de camisa: tomaba el libro y leía... ¡Vuelta al miedo! a la tristeza, a la languidez espiritual. Era en efecto el mundo una laceria, como decía el texto, y sobre todo en el verano. Vetusta era un pueblo moribundo... Y Ana volvía contenta de la calle. «Mejor, más valía que alguno lo pasara bien: él no era egoísta».

«Pero qué gracia le encontraría su mujer a la soledad de Vetusta? Además ¿no estaba allí el Kempis sangrando, probando, como tres y dos son cinco, que en el mundo nunca hay motivo para estar alegre? Verdad era que su Anita era feliz por razones más altas. El no podía llegar a tal grado de piedad. Temía a Dios, reconocía su grandeza ¡es claro! había hecho las estrellas, el mar, en fin, todo... Pero una vez reconocido este infinito poder, él, Víctor Quintanar, seguía aburriéndose en aquel pueblo abandonado, sin teatro, sin paseos, sin mar, sin regatas, sin nada de este mundo»<sup>21</sup>.

Y es esta sensación de aburrimiento la que facilita la vuelta a la normalidad con la llegada del otoño. La religiosidad del ex-regente, como el clima, es periódica.

<sup>20</sup> Ejemplo, no de los menos famosos —aunque por causas desconocidas—, son unos versos de muy discutible calidad firmados por Amado Nervo en los que, bajo el epígrafe «A Kempis», el mejicano registra las mismas sensaciones que don Víctor Quintanar. Reproduzco por lo sorprendente algunas estrofas:

Ha muchos años que busco el yermo,  
ha muchos años que vivo triste,  
ha muchos años que estoy enfermo,  
¡y es por el libro que tú escribiste!  
¡Oh Kempis, antes de leerle, amaba  
la luz, las vegas, el mar Oceano;  
mas tú dijiste que todo acaba,  
que todo muere, que todo es vano!

(Amado Nervo, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1951, t. II, p. 1.296).

<sup>21</sup> *La Regenta*, ed. cit., t. II, pp. 286-287.

ca: al bochorno veraniego corresponde el negro ascetismo, mientras que en el otoño, con el retorno de los veraneantes, el magistrado aragonés vuelve a su tibia y común temperatura moral, reanudando sus ataques contra el clero, el jesuitismo y el Paraguay, cúmulo de todos los males, y hasta permitiéndose el lujo de opinar, casi como un hereje, sobre temas religiosos. De toda esa estación estival, iluminada por el sol negro del Kempis, ahora «cubierto de polvo entre libros profanos», sólo ha quedado el miedo al infierno. Desde entonces hasta la última aparición de la obra del místico alemán, asistimos al crecimiento de la influencia de don Alvaro Mesía en el caserón de los Ozores, sustituyendo a la de don Fermín de Pas, que volverá a aparecer en las páginas finales de la novela. Don Víctor vuelve a las comedias, a sus castos devaneos con Petra, la criada, a la intimidad con Mesía. Son momentos de felicidad para él, felicidad que nos es recordada tanto por la Regenta en sus memorias, como por el narrador. La vida en el Viveiro, el contacto con la Naturaleza, los amigos, el amor de su mujer, cercana ya a su caída, provocan en Quintanar un estado de felicidad que desembocará rápidamente en la tragedia. El Kempis ha sido olvidado por completo, como símbolo de un oscuro mundo de tristezas.

Quintanar era feliz; quería que lo fueran todos los suyos, su mujer, sus criados, y los amigos, hasta los conocidos, el mundo entero.

Si Mesía le preguntaba en broma:

— ¿Qué tal Kempis? ¿Qué dice de esto Kempis?

El otro contestaba:

— ¿Quién? ¡Qué Kempis ni qué ocho cuartos...! Voy a hacer obras en el caserón. Voy a blanquear el patio y los pasillos, a empapelar el comedor y picar la piedra de la fachada. Verán ustedes qué hermosa queda la piedra amarillenta después de que la piquemos. No quiero oscuridad, no quiero negruras, no quiero tristezas<sup>22</sup>.

En este punto me permitirá el lector hacer un breve paréntesis sobre la presencia de San Alfonso María Liguorio en la novela, que aparece por primera vez citado por don Fermín al tratar con la Regenta sobre la aridez del alma y que, sorprendentemente, hace su segunda y última aparición en boca de don Víctor Quintanar, como muestra de la vanidad del mundo y su desprecio de las cosas efímeras: «Una tarde, en su Parque, contemplaba a Frigilis que estaba a sus pies agachado plantando cebolletas, embebido en su operación. '¡Valiente filósofo era Frigilis!' Don Víctor le miraba desde la altura de su pensamiento prestado, y le despreciaba y compadecía. '¡Plantar cebolletas! ¡No prohibía San Alfonso Liguorio plantar árboles en general y edificar casas, que al cabo de los años mil se caen? Pues entonces, ¿para qué plantar cebolletas, si todo es un soplo, nada...?'»<sup>23</sup>. Este desinterés por el mundo contrasta con el afán edificador y alegre que muestra ahora don Víctor, curado ya de las enseñanzas del santo italiano, aunque construyendo inconscientemente su desgracia final.

<sup>22</sup> *Ibid.*, t. II, p. 491.

<sup>23</sup> *Ibid.*, t. II, pp. 274-275.

El descubrimiento del adulterio entre su mujer y don Alvaro Mesía produce en Quintanar una marcha atrás en su estado moral. Tras el primer deseo de una venganza que no es capaz de llevar a cabo por falta de decisión, le invade progresivamente una profunda tristeza y lástima de sí mismo. El día de caza con Frigilis culmina con la simbólica muerte de un cuervo, al que dispara por gusto. Todo vuelve a teñirse del negro que el ex-regente descubriera en las páginas de la *Imitación de Cristo*, aunque ahora de manera definitiva: «A lo lejos gritaban las agoreras aves de invierno, que después aparecían bajo las nubes, volando fuera de tiro, sin miedo al cazador, pero tristes, cansadas de la vida, suponía Quintanar»<sup>24</sup>. Como enmarcando la inminente aparición del Kempis, don Víctor siente deseos de renunciar a su condición humana para convertirse en un vegetal, pues «vegetar es mucho mejor que vivir»<sup>25</sup>. Al contacto con la realidad, nuestro personaje —que como don Quijote confunde los límites entre la realidad y lo libreco para fracasar— vuelve a recordar al olvidado místico alemán; la reflexión que su recuerdo le impone conllevará un tardío desapego a lo mundano: Don Víctor, en primer lugar, abandona la caza de las peguetas y, a continuación, su deseo de venganza, para concluir con una renuncia definitiva a las comedias de capa y espada, símbolo de su vida:

Oyó un tiro lejano, después el estrépito de las peguetas que volaban riéndose con estridentes chillidos; las vió pasar sobre su cabeza. No se movió. Que se fueran al diablo. El estaba pensando en Tomás Kempis. Sí, Kempis, a quien había olvidado, tenía razón; donde quiera estaba la cruz... Le daba ira encontrarse tan filósofo, pero no podía otra cosa. Comprendía que aquellas meditaciones le alejaban de su venganza, que en el fondo del alma él no quería ya vengarse, que quería castigar como un juez recto y salvar su honor, nada más. Y esto mismo le irritaba. Después volvía la lástima tierna de sí mismo, la imagen de la vejez solitaria... y los alcaravanes, allá en el cielo gris, iban cantando sus ayes como quien recita el Kempis en una lengua desconocida.

«Sí, la tristeza era universal; todo el mundo era podedumbre; el ser humano lo más podrido de todo».

Y siempre sacaba en consecuencia que él no sabía lo que debía hacer, ni siquiera lo que debía pensar, ni aun lo que debía sentir.

«De todas suertes, las comedias de capa y espada mentían como bellacas; el mundo no era lo que ellas decían: al prójimo no se le atraviesa el cuerpo sin darle tiempo más que para recitar una redondilla. Los hombres honrados y cristianos no matan tanto ni tan deprisa»<sup>26</sup>.

Hasta la misma naturaleza, antes marco y símbolo de la felicidad, se convierte en una continuación de su paisaje interior animado solamente por el recitativo de los alcaravanes.

<sup>24</sup> Ibid., t. II, pp. 533-535.

<sup>25</sup> Tomás Crespo, Frigilis, es también presentado en alguna ocasión bajo forma vegetal, aunque por diferente causa: su fusión con la naturaleza. Por el contrario Quintanar siente esa urgencia por un motivo ascético, que también alcanzará a personajes más reales, como Rubén Darío («Dichoso el árbol que es apenas sensitivo...»).

<sup>26</sup> *La Regenta*, ed. cit., t. II, pp. 535-538.

Si don Víctor Quintanar hubiera quedado sujeto al consejo de Tomás de Kempis y Tomás Crespo, podríamos haber asistido a un desenlace diferente, pero la reaparición en escena del Magistral ejerce de nuevo una influencia decisiva, relevando al anterior valimiento del presidente del Casino. Don Fermín de Pas concluye su venganza abusando de su condición de sacerdote; es él quien se venga, no Quintanar, Quintanar perdona. La *Imitación de Cristo*, obra por la que Clarín sentía un profundo respeto, ejerce una labor reguladora no sólo en la religiosidad, sino también en la acción del ex-regente como personaje. Limitada labor, en cualquier caso, como la que sobre un hombre puede ejercer un libro.